

Reflexiones de un joven sobre la elección de una profesión¹

Karl Marx

1835

Traducción del inglés: Manuel Samaja.

La naturaleza misma ha determinado la esfera de actividad en la cual el animal debe moverse, y él se mueve pacíficamente dentro de aquella esfera, sin intentar ir allende de ella, sin indicio siquiera de ninguna otra. Al hombre, también, la Deidad le dio una finalidad general, la de ennoblecer a la humanidad y a sí mismo, pero aquella dejó que el hombre busque los medios a través de los cuales esta finalidad pueda ser realizada; ella le dejó a él la elección de la posición en la sociedad que más adecuada le sea, desde la cual él pueda de mejor manera edificarse a sí mismo y a la sociedad.

Esta elección es un gran privilegio del hombre sobre el resto de la creación, pero al mismo tiempo es un acto que puede destruir su vida entera, frustrar todos sus planes y hacerlo infeliz. La seria consideración de esta elección, por tanto, es ciertamente el primer deber de un joven que comienza su carrera y no quiere librar al azar a sus asuntos más importantes.

Todos tienen una finalidad en vista, que por lo menos a cada uno le parece grande; y efectivamente lo es si es que la más profunda convicción, la más íntima voz del corazón la declara tal, ya que la Deidad nunca deja al hombre mortal sin guía alguna; ella habla suavemente pero con certidumbre.

Pero esta voz puede fácilmente ser ahogada, y lo que nosotros tomamos por inspiración puede ser el producto de la circunstancia, aquello que otra circunstancia puede, quizás, también destruir. Nuestra imaginación, tal vez, se encienda en llamas, nuestras emociones se exciten, los fantasmas revoloteen frente a nuestros ojos, y nos lancemos en lo que el impetuoso instinto sugiera, lo cual creemos que ha sido indicado a nosotros por la Deidad misma. Pero aquello que abrazamos ardientemente pronto nos repele y así vemos a toda nuestra existencia en ruinas.

Por tanto, debemos examinar seriamente si es que en la elección de nuestra profesión fuimos realmente inspirados, si es que una voz interior lo aprueba, o si es que esta inspiración es una ilusión, y aquello que tomamos como un llamado de la Deidad no fue más que un auto-engaño. Pero, ¿cómo podemos reconocer esto de otra forma que no sea rastreando la fuente de la inspiración misma?.

¹ Escrito entre el 10 y el 16 de agosto de 1935. Publicado por primera vez en el *Archiv fur die Geschichte des Sozialismus un der Arbeiterbewegung*, Ed. K. Grunberg, Leipzig, 1925. Este texto fue escrito por Marx cómo un trabajo para el Gimnasio (símil de la educación media actual). Traducción del inglés a partir de la versión publicada en *Marx & Engels Collected Works*, Volume I. (N. del T.).

Lo que es grandioso brilla, su brillo despierta la ambición, y la ambición puede fácilmente haber producido la inspiración, o a aquello que tomamos por la inspiración; pero la razón no puede contener ya al hombre que es tentado por el demonio de la ambición, y él se lanza hacia lo que el impetuoso instinto sugiere: él ya no elige su posición, sino que, por el contrario, se encuentra determinado por el azar y la ilusión.

Tampoco estamos llamados a adoptar la posición que nos ofrezca las más brillantes oportunidades; aquella no es la que, a lo largo de los muchos años en la cual quizás podamos sostenerla, jamás nos cansará, desanimará nuestro celo, dejará enfriar a nuestro entusiasmo, sino que es una [tal posición]² en la cual pronto veremos nuestros deseos incumplidos, nuestras ideas insatisfechas, y así vociferaremos contra la Divinidad y maldeciremos a la humanidad.

Pero no es únicamente la ambición la que puede despertar un brusco entusiasmo por una profesión particular; quizás la hayamos embellecido en nuestra imaginación, y embellecido de tal forma que aparece como lo más elevado que la vida puede ofrecer. No hemos analizado aún, ni considerado a la totalidad del problema, la gran responsabilidad que nos supone; la hemos visto únicamente desde la distancia, y la distancia es engañosa.

Nuestra propia razón no puede ser consejera aquí; ya que no se encuentra respaldada ni por la experiencia ni por la observación profunda, siendo engañada por la emoción y cegada por la fantasía. ¿A quién, entonces, debemos dirigir nuestros ojos?. ¿Quién nos ha de apoyar cuando nuestra razón nos abandona?.

'Nuestros padres, que ya han transitado el camino de la vida y experimentado la severidad del destino' - nos dice nuestro corazón.

Y si luego nuestro entusiasmo aún persiste, si aún continuamos amando a nuestra profesión y nos creemos llamados a ella tras haberla examinado a sangre fría, tras haber ponderado su peso y habernos familiarizado con sus dificultades, entonces nosotros debemos adoptarla, entonces ni nos engaña nuestro entusiasmo ni nos arrastra el apresuramiento.

Pero no siempre podemos lograr la posición a la cual nos creemos llamados; nuestras relaciones en la sociedad han, hasta cierto punto, comenzado ya a ser establecidas antes de que nos encontremos en condiciones de determinarlas.

Nuestra constitución física misma supone a menudo un amenazante obstáculo, y no permite que nadie se mofe de sus derechos.

Es cierto que nos podemos sobreponer a ella; pero entonces nuestra caída es aún más rápida, ya que entonces nos estamos aventurando a construir sobre ruinas en desmoronamiento, entonces nuestra vida entera es una infeliz lucha entre los principios mental y físico. Pero aquel que es incapaz de reconciliar a los elementos que luchan dentro de sí mismo, ¿cómo puede resistir la presión tempestuosa de la vida, cómo puede él actuar

² Las palabras entre corchetes [] han sido añadidas por el traductor para clarificar la lectura (N. del T.).

con calma?. Y únicamente desde la calma pueden surgir acciones grandes y buenas; es el único suelo en el cual las frutas maduras se desarrollan exitosamente.

A pesar de que no podamos trabajar por mucho tiempo y rara vez con felicidad con una constitución física que no es adecuada a nuestra profesión, no obstante siempre surge el pensamiento de sacrificar nuestro bienestar al deber, de actuar vigorosamente a pesar de que seamos débiles. Pero si hemos escogido una profesión para la cual no poseemos el talento, nunca la podremos ejercer dignamente, pronto nos daremos cuenta con vergüenza de nuestra propia incapacidad y nos diremos a nosotros mismos que somos seres inútilmente creados, miembros de la sociedad incapaces de realizar su vocación. Entonces, la consecuencia más natural es el auto-desprecio, ¿y qué sentimiento es más doloroso y menos dado a ser reparado por todo lo que el mundo tiene para ofrecer?. El auto-desprecio es una serpiente que roe constantemente nuestro pecho, succionando la sangre-vital del corazón de uno y mezclándola con el veneno de la misantropía y la desesperación.

Una ilusión respecto de nuestros talentos para una profesión que hemos cuidadosamente examinado es un error que toma venganza sobre nosotros mismos, e incluso si no se encuentra con la censura del mundo exterior da lugar a un más terrible dolor en nuestro corazón que el que tal censura podría infligir.

Si hemos considerado todo esto, y si las condiciones de nuestra vida nos permiten escoger cualquier profesión que queramos, debemos adoptar aquella que nos asegure la mayor dignidad, una que se base en ideas de cuya verdad estemos plenamente convencidos, que nos ofrezca el más amplio ámbito para trabajar por la humanidad, y a nosotros mismos para aproximarnos más cercanamente a la finalidad general para la cual toda profesión no es más que un medio: la perfección.

La dignidad es aquello que más que nada eleva a un hombre, lo que imparte una más alta nobleza a sus acciones y a todos sus esfuerzos, lo que lo hace invulnerable, admirado por la multitud y elevado sobre ella.

Pero la dignidad puede ser asegurada únicamente por una profesión en la cual no seamos herramientas serviles, sino en aquella en la que actuemos independientemente en nuestra propia esfera. Puede ser asegurada solamente por una profesión que no demande acciones reprensibles, incluso aunque sean reprensibles solamente en la apariencia exterior, una profesión que los mejores puedan seguir con noble orgullo. Una profesión que asegure esto en el más alto grado no es siempre la más elevada, pero es siempre la más preferible.

Pero al igual que una profesión que no nos da garantía de dignidad nos degrada, seguramente sucumbiremos bajo la carga de una que se base en ideas cuya falsedad luego reconocemos.

Entonces no tendremos más recurso que el auto-engaño, ¿y qué salvación desesperada es aquella que se consigue con la traición a uno mismo!.

Aquellas profesiones que no están muy vinculadas con la vida misma y que refieren a las verdades abstractas son las más peligrosas para el joven cuyos principios no son aún firmes

y cuyas convicciones no son aún fuertes e incommovibles. Al mismo tiempo estas profesiones pueden parecer las más exaltadas si ellas se han enraizado profundamente en nuestros corazones y si somos capaces de sacrificar nuestras vidas y todos los esfuerzos por las ideas que prevalecen en ellas.

Ellas pueden otorgar felicidad en el hombre que tiene una vocación por ellas, pero destruyen a quién las adopte apresuradamente, sin reflexión, cediendo al impulso del momento.

Por otra parte, la alta estima que tenemos por las ideas en las que se basa nuestra profesión nos da una más alta posición en la sociedad, engrandece nuestra propia dignidad, y hace indiscutibles a nuestras acciones.

Aquel que elija una profesión que valore altamente se estremecerá ante la idea de ser indigno de ella; él actuará noblemente tan solo porque su posición en la sociedad es noble.

Pero la guía principal que debe dirigirnos en la elección de una profesión es el bienestar de la humanidad y nuestra propia perfección. No se debe pensar que estos dos intereses se encuentran en conflicto, de que uno debe destruir al otro; por el contrario, la naturaleza del hombre está constituida de tal manera que él puede lograr su propia perfección únicamente trabajando por la perfección, por el bien, de sus prójimos.

Si él trabaja sólo para sí mismo quizás pueda convertirse en un estudioso famoso, un gran sabio, un excelente poeta, pero él jamás podrá ser un hombre perfecto, realmente grande.

La historia llama a aquellos hombres los más grandes, a quienes se han ennoblecido a sí mismos trabajando para el bien común; la experiencia aclama como el más feliz al hombre que ha hecho feliz al mayor número de personas; la religión misma nos enseña que el ser ideal, al cual todos se esfuerzan por copiar, se sacrificó a sí mismo por el bien de la humanidad, y ¿quién se atrevería a negar tales juicios?.

Si hemos escogido la posición en la vida en la cual podemos mejor trabajar por la humanidad, ninguna carga puede doblegarnos, porque son sacrificios por el beneficio de todos; entonces experimentaremos un júbilo no mezquino, limitado o egoísta, sino que nuestra felicidad pertenecerá a millones, nuestras acciones vivirán en silencio pero obrando perpetuamente, y sobre nuestras cenizas se verterán las lágrimas ardientes de la gente noble.